

¡Ciudadanos de todas las clases! A las armas¹. La Guardia Nacional en el proceso de formación de una identidad local²

Alejandro Eujanián (UNR)

Como señaló muy bien Alberto Lettieri, la Guardia Nacional fue sin duda uno de los motivos centrales en la construcción de la identidad porteña durante la década de 1850³. Sin embargo, esa representación exhibía tensiones que de uno u otro modo emergían en los intersticios de los discursos homogeneizantes. Sobre todo en el caso de algunos de sus contenidos, como el que hacía referencia a ciudadanos de todas las clases, de la ciudad y la campaña, que voluntariamente se disponían a defender con su sangre la patria que sus padres habían fundado, contrastaba con la resistencia que el reclutamiento voluntario, y luego forzoso, encontraban especialmente entre las elites urbanas⁴.

En segundo lugar, como veremos en el debate legislativo sobre la conscripción militar, se pueden observar las diferencias entre el discurso que se sostiene en las celebraciones públicas y el que se desarrolla en otros ámbitos. En

1 En las diversas proclamas dirigidas a la Guardia Nacional, Mitre utilizó diversos modos de hacer referencia a la unidad entre pueblo y dirigentes, y a la uniformidad del cuerpo armado: ciudadanos, compatriotas, soldados del pueblo, compañeros de armas, compatriotas armados, ciudadanos de la ciudad y la campaña.

² Este trabajo fue extraído de mi tesis doctoral titulada “Los usos del pasado en la formación de una elite dirigente en Buenos Aires, 1852-1861”, Universidad Nacional de Rosario, 2011. Inédita.

³ Alberto Lettieri, “La guerra de las representaciones: la revolución de 1852 y el imaginario social porteño”, en op. cit., p. 111 y sig. La figura del ciudadano armado y la construcción de identidades nacionales y provinciales fue analizada por Flavia Macías para Tucumán, “Ciudadanía armada, identidad nacional y Estado provincial. Tucumán, 1854-1870”, en H. Sábato y A. Lettieri, comps., cit., pp. 137-151; también, Hilda Sábato, «Milicias, ciudadanía y revolución: el ocaso de una tradición política. Argentina, 1880», *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, núm. 70, Madrid, 2008 (2), pp. 93-114.

⁴ Las mismas dificultades surgen para la misma época en la Confederación, ver: Marta Bonaudo, “Los parámetros de inclusión y exclusión en el universo ciudadano. Un acercamiento al paradigma liberal decimonónico desde la mirada de los derechos (Santa Fe, 1850-1890), en *Anuario 19*, Escuela de Historia, FHyA, UNR, Rosario, 2000, pp. 82-85.

tercer lugar, del mismo modo que en torno a la Guardia Nacional se organizaba un relato que dotaba de un pasado ilustre a la causa porteña, la ausencia de consenso respecto de ese pasado provocaba –en este como en otros temas que analizaremos más adelante- una inevitable disputa por su significado.

En efecto, a lo largo de la década, se fue ampliando la distancia entre el lugar simbólico que se le había asignado a las Guardias Nacionales en la construcción de la memoria de la ciudad y de la identidad local, y la real vocación de los ciudadanos porteños para ofrecer el “sacrificio de sangre” que se les reclamaba en defensa de la libertad y la soberanía de la patria. Una participación que era esencial para cumplir con las necesidades de defensa de la ciudad, que había dependido inicialmente de la colaboración de las fuerzas entrerrianas y correntinas.

Durante los meses de noviembre y diciembre de 1852 se sancionaron una serie de decretos cuyo objetivo era ampliar las Guardias Nacionales, tanto en hombres como en funciones, y asegurar a través de duras penas el reclutamiento de los ciudadanos llamados por ley al servicio de las armas⁵. En la sesión de la Sala de Representantes del 19 de noviembre, en la que se debatió esa ley, Estévez Sagú planteaba que pasados los momentos de mayor peligro, cuando los ciudadanos habían acudido a defender la revolución, el entusiasmo había decaído notablemente⁶.

Por ese motivo, se dispusieron fuertes medidas para garantizar el reclutamiento. Entre otras disposiciones, se facultaba al gobierno a incorporar por dos años en las tropas de línea a los ciudadanos que no hubieran

5 El reclutamiento se realizaba de acuerdo a la ley de Milicia del 27 de diciembre de 1823. Respecto a la reorganización de las Guardias Nacionales, ver: *Recopilación de leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires*, cit., pp. 443-452.

6 Las necesidades de reclutamiento llevaron a que en la constitución bonaerense de 1854, se definiera la ciudadanía, y con ella la obligación de prestar servicios militares, de acuerdo al principio de *ius solis*, por el cual los jóvenes hijos de ciudadanos extranjeros no se encontraban a salvo de una leva forzosa. El representante de Francia, como lo había hecho en tiempo de Rosas, fue el que más protestó. Finalmente, el conflicto diplomático se resolvió con la autorización para que pudieran prestar servicios a través de un reemplazante. El debate de la ciudadanía con relación a las leyes electorales es estudiada por Marta Bonaudo en “Argentinos, ciudadanos, electores. Legisladores y publicistas en la búsqueda de alternativas para la construcción de una comunidad política”, cit. Por nuestra parte, volvemos a trabajar sobre esta cuestión con relación al debate sobre la preexistencia de la nación en la tercera parte de la tesis.

concurrido al llamado de la Guardia Nacional⁷. También se autorizaba a allanar las casas en busca de quienes no se hubieran enrolado “y...sacara (de sus casas) todo el que olvidándose de la dignidad de los hombres, y de sus sagrados deberes de ciudadano, se hallare sin tener constancia de estar enrolado...”⁸. Un decreto del 10 de enero de 1853, dispuso que fueran separados de sus puestos los empleados públicos que no concurrían a prestar servicios a la Guardia Nacional⁹. Por su parte, los “ciudadanos distinguidos” y los “ancianos venerables” fueron alistados en el “batallón pasiva” destinado a prestar servicios en la ciudad¹⁰.

En los años siguientes, las dificultades que planteaba el enlistamiento fueron en aumento. En 1855, se comenzaron a organizar las Guardias Nacionales en la campaña, con el objetivo de que sirvieran en la lucha contra las invasiones de indios en la frontera. Entre 1856 y 1857, se reiteraron las medidas para garantizar un “severo enrolamiento”. Ese último año, se sancionó una nueva ley de enrolamiento que Núñez recordaba como un esfuerzo por fortalecer el orden y la disciplina. En rigor, el decreto tenía como objetivo reforzar el enrolamiento que encontraba serias resistencias, sobre todo en la ciudad y entre los jóvenes de las familias más acomodadas de Buenos Aires. Por eso, se establecían medidas de control dirigidas fundamentalmente a disciplinar ese sector social: renovación de papeletas de enrolamiento; para tomar licencia del servicio debían dejar arreglado previamente su reemplazo; los infractores

7 “Ley Facultando al gobierno para destinar al ejército a los que no se hallen enrolados en la Guardia Nacional. Buenos Aires, noviembre 24 de 1852”, en *Recopilación de leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires*, cit., p. 456.

8 “Decreto penando a los individuos que no se hubieran enrolado en la Guardia Nacional”, *ibid.*, p. 471.

9 “Decreto separando de sus empleos a los que nos estuviesen enrolados en la Guardia Nacional. Enero 10 de 1853”, *ibid.*, p. 447 y 448.

10 Dice Julio Núñez que llegó a contar con 900 ciudadanos con cuartel en El Coliseo, al mando del Coronel José M. Albariño. Entre otros ciudadanos, se destacaban los legisladores y otros funcionarios públicos: Joaquín y Vicente Cazón, Francisco Balbín, Carlos y Manuel Eguía, Jaime Llavallol, Manuel J. Guerrico, Juan J. Montes de Oca, Juan Aldao, José Iraola, Amancio Alcorta, Juan Cano, Domingo Olivera, Bernabé Sáenz Valiente, Domingo Marín, Miguel Sorondo, Norberto de la Riestra, Miguel Estévez Saguí, Mariano Casares, Manuel J. Cobo, Ambrosio P. Lezica, Benjamín Villegas, Ventura Bosch, Félix Pizarro, Manuel R. Trelles, Luís Sáenz Peña, Álvaro Barros, Idelfonso y Eustaquio Torres, Andrés Somellera, y José M. Bosch, entre otros. Julio Núñez, *La guardia Nacional de Buenos Aires. Datos para su Historia*, Librería e Imprenta de Mayo, Bs. As., 1892.

serían enrolados en el Ejército de línea por el término de dos años, tal como lo establecía el decreto de noviembre de 1852; se publicarían las principales disposiciones en vigencia de la Guardia nacional activa de la capital, para evitar el pretexto “de ignorancia u olvido”¹¹.

Sobre este tema se había producido en 1857 un agitado debate legislativo, en el que participó Bartolomé Mitre como Ministro de Guerra e impulsor del proyecto de ley sobre conscripción militar. Mitre antepone en esta ocasión la razón práctica del legislador a la abstracta del filósofo que en defensa de ideas generales no comprende las necesidades sociales. Conforme con este principio, consideraba que la necesidad de convocar a los ciudadanos para que realicen una “contribución de sangre” respondía a un criterio que no era democrático ni justo sino igualitario. Rebatía a los que pretendían que el servicio fuera voluntario, porque se había puesto en evidencia que ese sistema no había logrado satisfacer los requerimientos del poder público. Pero por otra parte se trataba de un problema moral, ya que los ciudadanos de Buenos Aires no podían pretender que la defensa de sus derechos y sus libertades recayera exclusivamente en los sectores más pobres de la campaña¹²:

“Que si ha de haber ejército y la carga del servicio militar para algunos, es necesario que exista igualmente para todos, y que la ciudad de Buenos Aires a la par de los demás ciudadanos del estado, y principalmente de los pobres ciudadanos de la campaña, contribuya a la defensa de los que a todos interesa igualmente defender. Lo contrario es una inmoralidad en un país donde la igualdad es un principio fundamental”¹³

El otro argumento a favor de la obligatoriedad del servicio de armas para los ciudadanos de Buenos Aires era histórico: ¿habían sido las milicias o los

11 “Decreto sobre enrolamiento en la Guardia Nacional. Buenos Aires, junio 22 de 1857”, en *Recopilación de Leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires*, cit., pp. 341-344.

12 Para un análisis de la presión sobre la población de la campaña del reclutamiento en las milicias, Juan Carlos Garavaglia, “Ejército y milicia: los campesinos bonaerenses y el peso de las exigencias militares (1810-1860)”, en *Construir el estado, inventar la nación. El Río de la Plata, siglos XVIII y XIX*, Bs. As., Prometeo, 2007, pp. 304-309.

13 Bartolomé Mitre, “Discurso pronunciado en la Cámara de representantes, junio 10 de 1857”, en *Arengas*, cit. p. 176.

ejércitos de línea los que habían derrocado a los gobiernos legítimos? Para responder a esa pregunta trazaba una historia muy distinta a la heroica defensa que la juventud porteña había impuesto ante sus enemigos, tal como la presentaban las proclamas públicas y los recuerdos privados.

Para Mitre, con excepción del año 1828 cuando el general Lavalle derrocó al gobernador Manuel Dorrego -“que por otra parte nos dio por resultado un tirano”-, todas las revoluciones habían sido ejecutadas por las milicias, de donde salieron los caudillos y los tiranos:

“En algunas ocasiones la Guardia Nacional ha servido al triunfo de la libertad, pero el ejército de línea es el que ha salvado el honor del pueblo argentino en las guerras nacionales, y puro está de la mancha de haber destruido las instituciones para elevar sobre ellas caudillos y tiranos”¹⁴

Por otra parte, para Mitre, la Buenos Aires heredera de Mayo cuyas libertades era preciso defender, era la ciudad y no la campaña que seguía siendo vista sólo como una extensa y dilatada llanura. Por eso, eran sus hijos a los que claramente convocaba para la defensa. Como Roma en su momento, la orgullosa Buenos Aires no había compartido con nadie el honor de empuñar sus armas y de llevar su estandarte a los confines de la República y de América. Hasta que también como en Roma, llegó Mario “con sus legiones de campesinos”, desarmó a los romanos y cuando volvió victorioso frente a los bárbaros no hubo quien evitara que se impusiera sobre las leyes. Del mismo modo que las milicias de Rosas no encontraron contrapeso en la ciudad de Buenos Aires.

“¡Pasaron esos tiempos! De entonces acá otros manejan las armas que en otros días llevó el pueblo de Buenos Aires. Otros van a pelear y morir en la frontera, otros son los que exclusivamente soportan la carga del servicio militar, desigualmente repartido”¹⁵.

14 Ibid., p. 177.

15 Ibid., p. 178 y 179.

Según Mitre, sólo durante la revolución de setiembre y el sitio de Lagos la Guardia Nacional había actuado conforme a la herencia de los Patricios, sus antiguos predecesores¹⁶. La razón era que en lugar de haber sido estimulado su sentido patriótico en la defensa del honor y la bandera, se le había dicho que fuera a morir en defensa de las vacas y las yeguas de los estancieros. En efecto, el aflojamiento de los conflictos con la Confederación había llevado a privilegiar la función de fuerza de frontera, para la que se había reclutado en la campaña¹⁷. Pero ante el retorno de las hostilidades, consideraba necesario recurrir al reclutamiento obligatorio en la ciudad.

En vísperas de Pavón esa situación no se había modificado, y a pesar que en la "Proclama" que Mitre destina a la Guardia Nacional exaltaba el heroísmo y su carácter de herederos del espíritu de Mayo, no evitaba señalar a los cobardes que no han querido prestar ese servicio a la ciudad, deshonrando de ese modo el honor de madres que "han alimentado con sus pechos el honor de seis generaciones". Para su vergüenza eterna, pedía que se inscribiera en los fusiles sus nombres y que el día que pretendan volver a la patria, "...hasta las mujeres y los niños por ellos abandonados, les han de cerrar con desprecio las puertas del hogar que no tuvieron corazón para defender"¹⁸.

Sin embargo, si repasamos las manifestaciones públicas sobre la Guardia Nacional durante esos años, nada se percibe respecto a esas deserciones de honor. Por el contrario, se fue afirmando por diversos medios la idea de que la defensa de Buenos Aires era el resultado de la desinteresada contribución de sus "mejores hijos" para defender su patria y la libertad. Eso se debe a que

16 Nadie mejor que Mitre, tan constante en la polémica histórica y política para ejemplificar el rol estrictamente situacional de sus argumentos. Años después, para rebatir los argumentos de Juan Carlos Gómez, expresa exactamente lo contrario: "Desde ese día surgió una nueva entidad viril, en la que nadie tenía fe, de la que nadie esperaba nada, que fue la guardia nacional al servicio de la civilización y de la libertad; desde allí cesó el predominio de la campaña sobre las ciudades; se templó la bayoneta, se quebró la chuzca y fue herido de muerte el caudillaje", en Bartolomé Mitre, *Páginas históricas. Polémica de la triple alianza. Correspondencia cambiada entre el general Mitre y el Dr. Juan Carlos Gómez*, cit., p. 31.

17 "Esa es la arbitrariedad, y en la desigualdad está la injusticia. Los habitantes de Buenos Aires no van de destacamento a la frontera: este deber pesa exclusivamente sobre el desgraciado habitante de la campaña". *Ibid.*, p. 181.

18 "Bartolomé Mitre, "Proclama a la Guardia Nacional de Buenos Aires al marchar a la campaña de Pavón", en *Arenas*, cit., p. 229 y 230.

dicha representación de la Guardia Nacional, cumplió tres funciones esenciales. En primer lugar, apelaba al sentimiento local ofendido para convocar a los ciudadanos a una “contribución de sangre” que podía percibirse como excesivo e injustificado precio a pagar en beneficio de una causa, que ni siquiera todos los ex proscriptos veían justificada.

En segundo lugar, en las primeras elecciones después de la revolución, la dirigencia política se había presentado dividida. Frente a los temores de que continuara el resquebrajamiento que la adhesión al movimiento de setiembre había tenido en los primeros meses, era necesario promover la exaltación del sentimiento público a través de una serie de festejos que resaltaran la cohesión entre los líderes y su pueblo¹⁹. De allí en más todo aquel que no se sintiera convocado por este llamado sería acusado de cobarde o traidor²⁰.

En tercer lugar, para los nuevos dirigentes porteños que apenas unos meses antes habían regresado de la proscripción, era la oportunidad para agregar a sus antecedentes de lucha contra la tiranía, la defensa de una Buenos Aires que había sido esclavizada, tratada como una cautiva, sometida sus instituciones al capricho de un mandón. Esas eran algunas de las imágenes con las que se dispusieron a construir una causa porteña que se legitimaba en defensa del honor y la libertad de la patria. Una función similar cumplía para los ex rosistas, muchos de ellos enrolados en el batallón “pasiva”. Pero sobre todo para los recién retornados, sus aspiraciones personales estuvieron íntimamente relacionadas con su capacidad de promover la movilización política con fines militares o electorales, y con la construcción de una identidad porteña en base a una tradición política en parte heredada y en parte elaborada

19 Alsina obtuvo 21 votos sobre 41 representantes que asistieron a la votación, lo que obligó a organizar un gabinete de coalición. Mitre, referente de la tendencia “nacionalista” ocupó el ministerio de gobierno y Relaciones Exteriores. Juan Bautista Peña, que había votado al general Pinto, fue elegido Ministro de Hacienda. Ministro de Guerra, al general José María Flores con autoridad en el norte de la campaña bonaerense en la que tenían asiento alguno de los complotados el día 24. Ver Carlos Heras, *op. cit.*, p. 100.

20 “Lo cobardes que no respondan a este llamamiento, merecerían ser marcados con un hierro ardiente en medio del rostro para conservar eternamente el sello innoble del esclavo”, B. Mitre, “Proclama llamando a las armas a la Guardia Nacional de Buenos Aires. Setiembre 15 de 1852”, en *op. cit.*

con los retazos de un pasado glorioso, que J. L. Bustamante evocaba en su crónica de la Revolución del 11 de setiembre:

“Era el 11 de setiembre un día como el 25 de mayo, de grandes esperanzas, de grandes ideas, de nobles y generosos pensamientos. Las autoridades legales de la provincia se reinstalaban en sus puestos, sin sangre ni estragos, con la ilustración correspondiente a un pueblo grande y generoso”²¹.

Cuando Bustamante escribía estas líneas, acababa de renunciar Alsina como Gobernador de la provincia, y el levantamiento de Lagos hacía más necesaria la adhesión popular a una revolución cuyas filas comenzaban a disgregarse. Desde hacía meses se habían comenzado a organizar las Guardias Nacionales, que debieron marchar a San Nicolás comandadas por Pastor Obligado, para prevenir un ataque de Urquiza desde la frontera con Santa Fe. Antes de partir, la ciudad le brindó una fiesta popular en Palermo, la anterior residencia de Rosas y después de Urquiza, que ahora era el escenario de una celebración cívico militar provincial. El desfile se había iniciado en la Plaza de la Victoria, cerca de las 10 de la mañana, y bajo las órdenes del general Pacheco, antiguo jefe militar de Rosas, concurren a una misa a la que asistió el gobierno en un anfiteatro construido al efecto en el punto más alto de la barranca. Luego se dirigieron a Palermo, donde se encontraron con refrescos y entretenimientos en abundancia y buen gusto:

“Allí se veían reunidas todas las opiniones, todos los intereses y entidades de los antiguos partidos del país, manifestando un solo pensamiento, una sola idea de libertad, organización y confraternidad. Puede afirmarse que se encontraban allí reunidas de quince a veinte mil personas, respirando toda alegría y regocijo. No podía expresarse mejor un acontecimiento como aquel, ni expresarse el sentimiento público con mayor libertad”²².

21 Jose´Luis Bustamante, op. cit., p. 166 y 167.

22 Ibid., p. 249 y 250.

Al finalizar las celebraciones, en medio de una multitud que los acompañaba, dos bandas militares tocaban su música en el paseo de julio mientras se producía el embarque:

“...de aquella porción escogida de la juventud de Buenos Aires, que alegre, resuelta y entusiasta se disputaban el honor de pisar los primeros las débiles barquillas que debían conducirlos a bordo del vapor encargado de transportarlos al campo de honor”²³.

Las Guardias Nacionales se habían comenzado a organizar en el mes de marzo de 1852 en reemplazo de las milicias de la ciudad y campaña que provenían del gobierno de Rosas²⁴. En aquella ocasión los jóvenes porteños fueron convocados para que voluntariamente concurrieran a enlistarse para formar dos batallones. En ese momento, recuerda Julio Núñez, tenían como principal expectativa participar de los festejos del 25 de mayo, formando con sus nuevos uniformes en la Plaza de la Victoria. Ellos mismos pagaron los gastos del vestuario, que consistía en un pantalón y levita azul con cuello y vueltas celestes, vivos color ante, charreteras y un pequeño morrión con la escarapela celeste y blanca²⁵. Sobre todo en los primeros meses, los Guardias Nacionales representaban a los hijos de las más notables familias porteñas, que podían costearse un elegante uniforme que además de su posición social reflejaba su adhesión simbólica a la tradición unitaria. Sobre todo el 1º batallón en el que se integraron los jóvenes que vivían en el norte de la ciudad²⁶. Para

23 Ibid., p. 260.

24 “Decreto estableciendo la Guardia Nacional. Bs. As., marzo 8 de 1852” y “Decreto disolviendo los Regimientos de Milicia. Bs. As., marzo 17 de 1852”, en *Recopilación de leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires de 1841 a 1848*, El orden, Bs. As., 1858, p. 229. Siendo gobernador interino de Bs. As., Urquiza cambió su nombre por el de “Patricios de Buenos Aires”, pero después de la revolución de setiembre se volvió al nombre anterior. Ver: “Decreto dando el nombre de Patricios a los batallones de milicia de infantería”, *ibid.*, p. 327.

25 Las compañías se distinguían por el color de las charreteras: punzó para los granaderos, blanco para los fusileros y verde para los cazadores.

26 En ese momento, se incorporó un tercer batallón de pardos y morenos a cargo del coronel Domingo Sosa y más adelante, el servicio voluntario se transformó en obligatorio. Luego, cuando se amplió el reclutamiento para hacer frente al conflicto con la Confederación, los batallones se distinguirían por el número de los kepis. Por otro lado, para los que no puedan costearlo se establece que será renovado cada dos años, quedando a cargo de cada individuo la reposición de las piezas que se deteriorasen o perdiesen. “Decreto sobre enrolamiento en la

ellos, la Sociedad de beneficencia mandó al Colegio de Huérfanas que confeccionara una bandera con el sol bordado en oro en su centro, orlado con un laurel²⁷.

Julio Núñez, con 18 años nombrado subteniente de bandera, recordaba el llamado de las campanas en la madrugada del 11 de noviembre, cuando grupos de ciudadanos “de todas las clases y edades” concurrieron al llamado, y pocos instantes después la Plaza de la Victoria estaba llena de gente²⁸. Por la mañana, los mil Guardias Nacionales estaban formados en la plaza y luego concurrieron a mantener el orden en los suburbios e impedir que se tomen bebidas alcohólicas²⁹. Al otro día, el 12 de setiembre, el 1º batallón partió en persecución de las fuerzas del general Galán en retirada. Sin perder el tono épico, su relato escrito en 1892 basado en apuntes y notas personales, describía sin embargo el rol secundario que desempeñaron durante los acontecimientos de esa jornada y en los días siguientes.

Su participación se redujo a tomar por asalto una partida de lecheros y panaderos que se dirigían a la ciudad. Posteriormente, agotados por la larga caminata, fueron asistidos por los soldados veteranos que marchaban con ellos y que se ofrecieron a cargar sus fusiles, “...y hubo un soldado correntino que llevaba sobre los hombros hasta cuatro fusiles”³⁰. El otro episodio narrado con dramatismo fue la búsqueda del centinela de su batallón que se creía que había caído prisionero, hasta que descubrieron que había caminado dormido y así lo encontraron, varias horas después, muy lejos del lugar donde tenía dispuesta su guardia³¹.

A pesar de no haber tenido contacto con el enemigo, la ciudad les rindió el tributo que les correspondía como héroes, cuando regresaron el día 15 de

Guardia nacional. Buenos Aires, junio 22 de 1857”, art. 10, en *Recopilación de Leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires*, cit., pp. 341 a 344.

²⁷ Según Núñez, los sastres de la ciudad se apresuraron a costear los 1000 uniformes que cada uno de ellos había costado. Julio Núñez, op. cit., p. 12 y 13.

²⁸ Ibid., p. 21.

²⁹ Ibid., p. 25.

³⁰ Ibid., p. 28 y 30.

³¹ Ibid., p. 32.

setiembre. El pueblo los aclamaba desde las aceras y, desde los balcones, las jóvenes porteñas les arrojaban flores.

“Al entrar a la Plaza de la Victoria nuestro batallón, el pueblo nos rodeó obsequiándonos con naranjas, masas y licores en medio de una gritería incesante viviendo a la guardia nacional”³².

Regresaron a sus cuarteles coronados de las flores y los moñitos celestes y blancos que les arrojaban de los balcones atestados de señoras y niñas de la mejor sociedad porteña”³³. El mismo día, Bartolomé Mitre se hizo cargo de las Guardias Nacionales con la misión de organizarlas para la defensa de la revolución del 11 de setiembre. En aquella ocasión, dirigió una proclama pública en la que convocaba a las armas a los “Ciudadanos de Buenos Aires” en defensa de su patria que había sido despojada de todo por un conquistador: “...de vuestros soldados, de vuestros tesoros, parque y depósitos, declarados botín del vencedor”³⁴.

Luego se celebraron bailes en los distintos regimientos, costeados por sus jefes. El del regimiento del coronel Echenaugucia, tío de Julio Núñez, se realizó en el propio cuartel de batallón de línea General San Martín³⁵. Allí se representaba una escena que mostraba que ese ejército de ciudadanos en armas a los que Mitre dirigía su arenga, carecía del principio igualitario en base al cuál había elaborado sus argumentos en el debate sobre conscripción militar de 1857. La distinción social, se producía en la separación de los espacios que separaban a Guardias Nacionales y tropas de línea. Los primeros compartían el baile con “la sociedad de Buenos Aires”, en los salones de la parte de arriba del cuartel; mientras la tropa de su batallón celebraba un “baile popular” en el patio de la planta baja³⁶.

32 Ibid., p. 46.

33 Ibid., p. 43.

34 B. Mitre, “Proclama llamando a las armas a la Guardia Nacional de Buenos Aires. Setiembre 15 de 1852”, en *Arengas de Bartolomé Mitre*, Imprenta y Librería de Mayo, 1889, p. 56 y 57.

35 El nombre es en honor de San Martín de Tours, patrono de la ciudad.

36 Julio Núñez, op. cit., p. 45 y 46.

Una escena similar se puede observar en la pintura que León Palliere, dedicó al tema en 1858. En *La Guardia Nacional en la plaza de la Victoria*, se observa esa distinción social que separa al joven y orgulloso oficial con su uniforme azul, encabezando una pequeña partida de la que forman parte gauchos con botas de potro y un negro tamborilero. A su espalda, la pirámide con la efigie en la cima evoca la libertad, con un fondo celeste y blanco formado por el cielo y las nubes³⁷. Estos discursos y representaciones, refuerzan la idea que la Guardia nacional fue uno de los motivos privilegiados de la construcción de una identidad porteña y de la legitimidad de su causa, en torno casi exclusivamente de las elites urbanas de la ciudad de Buenos Aires.

Durante el sitio impuesto por Hilario Lagos, a partir del 1 de diciembre de 1852, las Guardias Nacionales tuvieron un rol más relevante. Por otro lado, la necesidad de ampliar el reclutamiento, primero al interior de la ciudad y luego en la campaña, tornó necesario fortalecer el sentimiento patrio asociado a la defensa del honor de la ciudad. En ese contexto, junto a las celebraciones que se multiplicaban comenzó a elaborarse un martirologio que evocaba la figura de la “bella muerte” en las ceremonias fúnebres dedicadas a los miembros de la Guardia Nacional. Recuerda Julio Núñez, las palabras de la madre de Murga, compañero de batallón, que ante el cadáver de su hijo, solo dijo: “ha caído como un valiente, defendiendo a su patria al pie de la bandera”³⁸.

También en ese momento se fortalecía el vínculo entre la Guardia Nacional y Bartolomé Mitre en la defensa de la ciudad sitiada y la construcción de la identidad porteña. Según Núñez, su proclama del 15 de setiembre, había sabido infiltrar en la juventud el amor a la patria y desde ese momento se convirtió en “el hombre mimado del pueblo porteño”. Al anochecer de ese día, los ciudadanos se dirigieron a su casa para aclamarlo, y en su recuerdo, veía

37 Jeán León Palliere, *la Guardia Nacional en la plaza de la Victoria*, acuarela sobre papel, Colección del Museo Nacional de Bellas Artes. Respecto a las representaciones de la nación en la pintura, ver Roberto Amigo, “Prefacio”, en *Las armas de la pintura. La nación en construcción (1852-1870)*, Museo Nacional de Bellas Artes, Bs. As., 2008; Roberto Amigo, “Imágenes de la historia y discurso político en el Estado de Buenos Aires (1852-1862)”, en *Arte argentino de los siglos XVIII y XIX*, FIAAR, Bs. As., 1999, pp. 9-57.

38 *Ibid.*, p. 63.

que “...esa noche,...1000 ciudadanos allí reunidos echaban los cimientos del partido mitrista”.

Por otro lado, su propia figura se nutría de un aro de heroísmo. Sobre todo por un episodio, que sería recogido luego por varios autores³⁹. En el relato de Mitre, que desarrolla en una carta enviada a Juan Carlos Gómez, condensaba dos elementos vitales que lo describían como líder de la fusión durante el posrosismo y continuador de los principios de Mayo. La escena, propia de la reconquista, muestra a Mitre en el preciso momento de organizar a los ciudadanos para la defensa, ante la ausencia de Guardias Nacionales preparados para recuperar la ciudad a punto de caer a manos de los rebeldes.

La jornada comenzaba con la caída de Alsina y la comisión de Pinto para que continuara a cargo del Ministerio de Guerra. Mitre le contestó que primero tenía que realizar una acción más importante. Subió a su caballo para organizar la resistencia y en el camino cambió los atributos del ministro de un gobierno republicano por los del guerrero. Pero lo más significativo de este episodio es que Mitre veía el reconocimiento de su valor y de la función que se dirigía a cumplir por parte de los que hasta pocos meses antes habían tenido a Rosas como su líder:

“A caballo una vez y con los pies bien afirmados sobre los estribos, me quité en media calle el frac negro de ministro y me puse una casaca militar que me trajo un sobrino de Rosas que quiso ser mi ayudante. Otro sobrino de Rosas me alcanza mi espada y mis pistolas. Al pasar al galope por la barbería del barbero de Rosas, frente al colegio, fui saludado por la carcajada de los que ya se creían vencedores”⁴⁰.

³⁹ Sarmiento no menciona el episodio en Campana en el ejército grande, sino que lo evoca años después en el *Bosquejo de biografía de Dalmacio Vélez Sársfield*: “La generala resonó en calles y plazas, el Coronel Mitre se presentó a caballo en la plaza con una fuerza de línea y milicia, se dirigió al Parque, corriendo a balazos a un grupo enemigo que estaba a punto de apoderarse de él; y la opinión volviendo en sí, se aprestó a la resistencia, sin olvidar que Montevideo había en peores circunstancias resistido diez años, y vencido ejército más poderoso”. Domingo Faustino Sarmiento, *Bosquejo de biografía de Vélez Sársfield*, cit., p. 33.

⁴⁰ Bartolomé Mitre, *Páginas históricas. Polémica de la triple alianza. Correspondencia cambiada entre el general Mitre y el Dr. Juan Carlos Gómez*, cit., p. 30.

Así lograba distinguir los restos del rosismo que aún permanecían en Buenos Aires, de los que se habían sumado a la causa porteña contra Urquiza. Al llegar a la plaza, incorporó rápidamente a los ciudadanos a la Guardia Nacional, entre ellos los hijos de Florencio Varela, figura emblemática de los proscritos, que lucharían bajo el mando de Mitre junto con los sobrinos de Rosas:

“Noventa corazones valerosos de noventa guardias nacionales latían al compás del toque de alarma y me seguían por la calle 25 de Mayo, en medio de una procesión de mujeres que salían a las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida”⁴¹

A la tarde de ese mismo día, el relato concluía con la ciudad recuperada:

“Hombres mujeres y niños pueden venir a pasear a la plaza del retiro bajo la protección de la intrépida guardia nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado bajo mis órdenes”⁴².

Finalizado el sitio, el gobierno emitió un decreto en el que establecía que las banderas de cada batallón debían llevar bordadas en letras de oro, orlada de un laurel, la inscripción: “Combatió con gloria en defensa de Buenos Aires, año 1852 y 1853”⁴³. La entrega de las banderas se celebró en la plaza de la Victoria, como antesala del licenciamiento de las tropas. Según Núñez, a los festejos concurre un pueblo inmenso, un crecido número de damas y señoritas, que los cubrieron de flores en su marcha hacia los respectivos cuarteles, donde serían licenciados. Finalmente, el 6 de setiembre de 1853, se celebró en la catedral de Buenos Aires una ceremonia fúnebre en honor de todos los caídos durante la defensa⁴⁴.

Esas demostraciones públicas continuarían durante toda la década, y si seguimos el relato de Julio Núñez, es permanentemente expuesto el lugar que la

41 Ibid.

42 Ibid.

43 “Decreto ordenando que los batallones lleven en su bandera una inscripción análoga a la defensa de Buenos Aires. Buenos Aires, julio 27 de 1853”, en *Recopilación de Leyes y decretos del gobierno de Buenos Aires*, cit., p. 506.

44 Julio Núñez, op. cit., pp. 85-87.

sociedad porteña le había atribuido a la Guardia Nacional. A los ejercicios que se realizaban dos veces por semana, concurrían las señoritas en sus paseos y “era una verdadera fiesta por la concurrencia que asistía los domingos”⁴⁵. Si bien hace referencia a su participación en algunas escaramuzas, es ese rol simbólico el que rescataba Núñez con el recuerdo de su participación en las celebraciones cívicas:

“Existía cierta emulación entre los jefes, los oficiales y aún los soldados ciudadanos, al punto que cada cuerpo costeó, por medio de suscripciones, lucidas bandas de música, con lujosos uniformes; era de ver, en las fiestas patrias concurriendo a las paradas militares, como esos cuerpos llamaban verdaderamente la atención por su buen porte y disciplina”⁴⁶

El 11 de setiembre de 1859, en las vísperas de la batalla de Cepeda, Domingo F. Sarmiento como Comandante del batallón de Reserva, dirigía una arenga a los “mejores hijos de Buenos Aires” de los que surgirían los héroes, como antes lo habían hecho quienes lucharon por la independencia⁴⁷. El Nacional, por su parte, veía la flor y nata de la sociedad porteña:

“Su porte era el de un batallón veterano; en sus alegres y marciales rostros hemos leído nuestro futuro. Una lúcida y bella oficialidad, la flor y nata de las familias de esta capital, manda este cuerpo; muchos de ellos son jóvenes millonarios, y dan el ejemplo de abnegación y patriotismo a sus conciudadanos”⁴⁸.

Con un sentido similar, antes de marchar hacia Pavón, Mitre se dirigía a la Guardia Nacional de Buenos Aires, “que organicé el 11 setiembre” y que como sus antecesores los Patricios, son los constantes sostenedores de las libertades de Buenos Aires. Al narrar esa historia desde Pavón, todos los elementos que dispersos se fueron incorporando a la construcción de una

45 Ibid., p. 93.

46 Ibid.

47 Ibid., p. 100.

48 Citado por Julio Núñez, op. cit., p. 101.

memoria que unía en un mismo cuerpo a sus líderes, a los jóvenes patricios, a la ciudad y sus instituciones, se agrupaban en el relato. Saludaba en ellos a los niños que organizó en la memorable revolución del 11 de setiembre, los que lo acompañaron en los combates contra el sitio de Lagos, los que salvaron el honor de las armas de Buenos Aires en Cepeda. Pero una vez más, no serían ellos los encargados de marchar a Pavón, las Guardias Nacionales de Buenos Aires quedarían a la espera de su llamado para sostener la dignidad y el derecho del pueblo de Buenos Aires, que por lo pronto estaría en manos de cuatro mil veteranos y de seis mil Guardias Nacionales de la campaña⁴⁹.

De todos modos, durante estos años, las Guardias Nacionales como los discursos fúnebres a los mártires de la independencia y de la lucha contra la tiranía, fueron instrumentos y escenario de la elaboración de los lazos entre el pasado y el futuro de la causa porteña; entre esa nueva dirigencia y la ciudad de cuyos ideales pretendía ser su mejor interprete; y de la recuperación de una tradición política que era evocada como referente histórico de una causa que se colocaba por encima de los partidos.

49 Bartolomé Mitre, "Proclama a la Guardia Nacional de Buenos Aires al marchar a la campaña de pavón, julio 3 de 1861", en *Arengas*, cit., p. 229 y 230.